

**La ciudadanía en emergencia: migraciones transnacionales y participación en el marco de la Escuela Media.**

I

La escuela es –y siempre fue- una institución atravesada por las múltiples aristas de la vida de los estados-nación. La misma constitución de estos últimos, de hecho, encontró como factor indispensable la coordinación de los mecanismos educativos, en vistas a formar ciudadanos ideales. Más aún, la escuela como institución siempre llevó en su seno la imagen del deber-ser constituyente de la discursividad hegemónica. Es a partir de aquí, desde donde se torna interesante y fundamental la reflexión.

Es innegable que los estados contemporáneos están nutridos y se forman a partir de la diversidad; y es, en este caso, la migración la que se constituye como caso paradigmático. Pero esto parecería plantear una suerte de paradoja cuando se trata de pensar a la escuela a la luz de movimientos y actores sociales que deconstruyen y reconfiguran la idea de nación, en tanto ésta es –como fue planteado anteriormente- legitimada y reproducida en el ámbito de las instituciones educativas.

¿Cómo generar prácticas orientadas a la construcción de la ciudadanía, cuando ésta se configura como una entidad siempre en tránsito, nunca clausurada? ¿Cómo hacer partícipes de la experiencia cívica a aquellos actores que no conforman el discurso hegemónico? ¿Cómo pensar la educación desde lo político? Estas son preguntas que debemos plantearnos a la hora de encarar una práctica educativa que, en los hechos, se torna intercultural (ver Fernet Betancourt, 2004).

II

Más que un simple problema, las preguntas abren canales sumamente productivos de reflexión.

Es patente que, en los hechos, toda nación está compuesta por un amplio entramado de actores políticos y sociales, que –desde experiencias y prácticas diversas- conciben la acción ciudadana. En este sentido, cualquier práctica educativa orientada a la construcción de la ciudadanía no puede obviar la diversidad y diferencia en las cuales está inserta. El problema se plantea en el momento en que intenta contextualizarse esto en el marco de la escuela, tal como es concebida desde el principio del artículo.

¿Cómo generar prácticas que estén imbuidas en la diferencia cultural, cuando lo que quiere sostenerse es un ideal de nación que se configura como homogéneo y excluyente?

Quizás puede contestarse a esto cosas tales como: “es claro que toda institución actual es fragmentaria; y que –como tal- se constituye a partir de la diversidad de

experiencias que nos configuran como nación; con lo cual el postulado de la escuela como reducto de la homogeneidad ya no sería viable”.

Sin embargo, las prácticas concretas en las instituciones escolares parecen transmitir el mismo tipo de valores que se planteaban antaño (obviamente matizadas y claramente atravesadas por experiencias particulares). Sigue existiendo, en los hechos, una forma similar de concebir los mecanismos de vigilancia: los timbres que marcan el comienzo y finalización de las clases; el ordenamiento de los bancos que sugiere el solipsismo en el estudio; las evaluaciones que anulan el pensamiento autónomo, en tanto recurren simplemente al estudio memorístico.

Es en este contexto, pretendidamente homogéneo, solipsista y competitivo, en donde se inserta la figura del migrante. Paradójicamente, es él el que trae en su cuerpo y en sus vivencias la imagen de la fractura y la deconstrucción misma de las prácticas homogeneizantes, en tanto transita rompiendo las fronteras de los estados, y reconfigurando los espacios nacionales a partir de una pertenencia ambivalente. En este sentido, la participación política del migrante ya no está restringida a un espacio delimitado y a una geografía particular, sino que va más allá, redefiniendo de manera continua las fronteras espaciales de los estados-nación (Mezzadra, 2005).

En el ámbito educativo, esta apertura que la figura del migrante ofrece, parece anularse, sugiriendo una suerte de negación de su misma condición. Pareciera mostrarse una imposibilidad de concebir al migrante como actor político emergente, en tanto no es este depositario de una idea estática de nacionalidad. No se toman en cuenta sus prácticas, restringiéndose simplemente al enfoque tradicional acerca de la noción de estado nacional. Esto genera una negación de la figura del migrante como actor cívicamente activo, y desde la construcción de la ciudadanía no se le otorga elemento alguno para desenvolverse en sus prácticas cotidianas de manera reflexiva y asumiendo su condición particular.

### ///

El desafío está en poder concebir la complejidad de vivencias por las cuales están atravesados todos los estudiantes, hacerse eco de los contextos, de las situaciones. Pero es sumamente complejo poder ofrecer una guía en la construcción de la ciudadanía cuando el alumnado es tan diverso. Asimismo, la figura del migrante aún es más compleja, porque su práctica cívica no puede ser pensada a partir de una pertenencia única, sino que se configura desde y en un desdoblamiento, atravesada por una multiplicidad de factores de orígenes diversos.

Es aquí en donde la linealidad en la narrativa nacional se torna insuficiente, porque excluye identidades en tránsito que emergen de manera continua (Bhabha, 2004). El migrante hace temblar al discurso hegemónico, descentrándolo, partiéndolo y subvirtiéndolo (Mezzadra, 2005). Entonces, ¿es factible poder guiar en la construcción de prácticas cívicas a un alumnado tan diverso? ¿No se tornaría aporético?

Es importante remarcar que, cuando hablamos de diversidad, no se pretende abogar por un mundo liso, en donde la diferencia se torna absoluta e infinita y suprime, de esta forma, toda práctica. Muy por el contrario, es necesario encarar

la problemática de la construcción de la ciudadanía desde la diversidad a partir de las nociones de diálogo y de contexto. De esta manera, la subjetividad experimenta una apertura que la saca del solipsismo y la homogeneidad, y la hace entrar en juego con todo aquello que la atraviesa (nacionalidad, cultura, situación social, clase, etc.).

Es así como el sujeto comienza a situarse y materializarse, dejando de lado su concepción abstracta y absoluta. De esta manera, la ciudadanía se construye a partir de una apertura que implica no sólo la materialidad propia de cada sujeto, sino también la riqueza obtenida del diálogo y la negociación con los otros.

#### IV

Es a partir de la interacción con el otro que la educación se transforma en práctica política. Correlativamente, es desde la educación concebida como política, que el migrante logra asumir su condición ambivalente como un factor que le permite participar en la construcción de la ciudadanía, y no ya como aquello que lo veda.

El hecho mismo de que el sujeto se reconozca como situado, da como resultado que la Escuela pueda empezar a pensarse como una institución constructora de actores políticos desde la realidad, es decir, desde lo diverso. De a poco, la Escuela podría independizarse de los postulados homogeneizantes de las concepciones modernas de educación, para pasar a pensarse como la piedra angular a partir de la cual la historia es, en efecto, transformada y reescrita de manera continua.

#### Bibliografía consultada:

ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México DF, 2006.

BHABHA, Homi, *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires, 2002.

DE CERTAU, Michel, *La escritura de la historia*, México, Universidad iberoamericana, 1993.

FORNET BETANCOURT, Raúl, *Crítica intercultural de la filosofía*, Trotta , Madrid, 2004.

FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Argentina, 2004.

GARCIA CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas*, Paidós, Argentina, 2002.

MEZZADRA, Sandro, *Derecho de fuga*, Traficantes de sueños, Madrid, 2005.